

Imaginario poético-trascendente de un Premio Nobel

RESUMEN

En este estudio voy a hablar del Premio Nobel Pablo Neruda, no de Neftalí Reyes Basoalto, nombre de pila. Hago esta precisión porque hay un juego de enmascaramiento entre los nombres de Neruda y Neftalí Reyes Basoalto. No voy a entrar en los desciframientos, otros lo han hecho. Pero digamos que el escritor marxista del canto a Lenin, el denostador de Nixon, el del famoso discurso «*Yo acuso*» contra González Videla, el de muchas páginas del *Canto General*, el esposo infiel, el mal padre que abandona a su hija enferma y nunca quiere saber más de ellas, ni tras su muerte.

PALABRAS CLAVE: Neruda - Poesía - Trascendencia - Silencio - Materia - Interioridad - Dios.

ABSTRACT

In this article the author César García studies the poetry of Pablo Neruda, from the point of view of its religious significance; it is an issue that critics do not usually take into account, perhaps by the communist ideology of the poet.

1. AL SER POR LA BELLEZA

Dice Maritain en su obra *Filosofía del Arte* que todo poeta de verdad, lo es porque moja su pluma en el ser y al hacerlo, el ser se abre sobre él y lo inunda con su magia y lo unge y lo acepta como suyo y lo desborda; «*del ser vengo, y al ser voy*», decía con voz escueta de aforismo el viejo Heráclito.

Neruda sintió un día este golpe de gracia del ser y lo ungió poeta. Tenía apenas seis años. Volvía de la escuela con el *Silabario del Ojo* en un carterón de cuero. Allá en el patio de la casa de Temuco, ondeaban secando unos canzoncillos hechos por su Madre, Trinidad Candia Marverde, unos canzoncillos hechos con pobreza de unos recortes de tela de saco harinero que aún mantenían pegado en la parte de atrás con letras gordas y azules MOLINERA DEL SUR DE TEMUCO. El niño Neftalí Reyes Basoalto, llegado de la escuela con el sonsonete aún de las sílabas y las letras al oído, sintió en la vista el golpe de aquellas letras de lo que hacía pocos días habían sido sacos harineros y leyó: La M con la O, MO; la L con la I, LI; la N con la E, NE; la R con la A, RA; MOLINERA; y luego la D con la E y con la L, DEL; la S con la U y la R, SUR. MOLINERA DEL SUR DE TEMUCO. Así aprendió a leer el Premio Nobel de Literatura Pablo Neruda, en unos canzoncillos, bajo cuya pobreza sentía él las letras prendidas de la magia del ser. Porque todo ser es Uno, Bueno, Verdadero y Bello, dicen los filósofos, y el científico se allega al ser por el *Verum*, el filósofo por el *Unum* abstracto, el santo por el *Bonum* y el poeta, como Neruda, se allega al Ser que es la Verdad por el *Pulchrum*. Sintió bellas aquellas palabras. En aquella modestísima ropa interior fulguraba ya el rayo de lo bello; después lo buscará en la poesía que presentó a su padre aunque éste, incrédulo, le espetó «y... ¿dónde copiaste esto?, *cabro*»; más tarde, lo bello estará en lecturas guiadas por el consejo de Gabriela Mistral y, por sobre todo, lo bello en su postura ante la guerra de bellotas que se hacían los estudiantes en la escuela de Temuco; Neruda no participaba, se aislaba contemplando la belleza de tan natural proyectil, hecho de geometría perfecta y un caparazón de indestructible tactilidad. Era la belleza que vencía la guerra. Muchos años después, a la guerra de los políticos que no querían llegase a Chile el barco liberador Winipped, gritará nuevamente: «*Por la razón o la poesía*» Y su verdad poética llegó a Chile, porque razón y poesía; razón, verdad y poesía son lo mismo para Neruda. El poeta era consciente del lema: «*Hacia la verdad por la belleza*». Todo partió de aquel infantil y angelical delecto escolar en Temuco, que vuelve a aparecer en la *Oda a la tipografía*:

Letras
Seguid cayendo
Como precisa lluvia
En mi camino.

Letras de todo
 Lo que vive
 Y muere.
 Letras de luz, de luna
 De silencio...

Y ya está aquí la arquitectura del mundo nerudiano, letras de todo, lo que vive y muere; y la dinámica de este todo, que se mueve de lo bajo a lo alto, de las letras que caen como lluvias en el camino, a las letras de luz, de luna, de silencio. Neruda es uno de los últimos poetas que dibujó un cosmos total: material, social y metafísico; en este orden, primero lo material por ser lo más claro y visceral para él; después lo social, oscilante a veces entre el espiritualismo de *Crepusculario*, el egoísmo de las *Residencias* y el socialismo de *Canto General*; y finalmente lo metafísico, siempre presente, siempre difuso en su obra. La poesía de Neruda es la de una nueva, amplia e insistente experiencia verbal del mundo en la que no podían faltar las preguntas metafísicas. El lenguaje occidental es metafísico, hasta al que lo rechaza, lo entrapa. ¿No escribió Sartre su filosofía del absurdo en un purísimo lenguaje de racionalidad y claridad cartesiana? La lógica contra la ilógica de él. García Márquez, ha dicho Alicia Borinsky, crea en *Cien años de soledad* un mundo alternativo al nuestro, llamado *realismo mágico*; Neruda, no, no se exilia del mundo, bucea las materias que siempre le piden un más allá de ellas mismas; claro que para escuchar este eco de transcendencias hubo de descender en *Residencia en la tierra* a la naturaleza mudable; «*Entra dentro de ti mismo, y si adviertes que tu naturaleza es mudable, transciéndete*» ¿dijo esto Neruda? No. San Agustín, que también vivió sus residencias confusas en la tierra y se cansó de ser hombre. «*Totus quaestio factus sum*» (San Agustín), «*me hice cuestión de mí mismo*». No me resisto a reproducir los versos del poema de Neruda: «*El Niño Perdido*»:

Quién fui. Qué fui
 Qué fuimos.

Voy a seguir con San Agustín en su libro los *Soliloquios*, un diálogo platónico:

Dios: ¿«Alma, qué deseas»?
 El Alma: Conózcame a mí y conózcate a ti.
 Dios: ¿Y qué más?
 El Alma: «*Nihil omnino*». Absolutamente nada más.

¿No suena esto a: *¿Quién fui, qué fui, qué fuimos?* Con razón se ha dicho: «*Neruda se recupera a sí mismo, perdiéndose*» (Borinsky).

Así empezó la conformación del universo nerudiano. Un universo que no se hizo de la noche a la mañana; de 1923 con *Crepusculario*, tenía sólo 23 años, hasta las loas a Salvador Allende en 1973, pasaron 50 años. Percibo ya líneas gruesas del cosmos total nerudiano en *El hondero entusiasta*, obra publicada en 1933, porque hay aquí conjunciones de naturaleza, hombre, y pasiones, que con el tiempo se irán definiendo cada vez más. Todo poeta es un lento conformador del universo, que no se le da de una vez y para siempre. Se podrá seguir la ruta punteada de sus aspiraciones secretas, pero los símbolos con que llena estos jalones son de diversa índole y valor. Así, si en Neruda está en un momento determinado Stalin, en otro encontramos el poema a Dios, en el que le pide ser el aceite de su santuario, y yo no podría creer en verdad ni en un materialismo dialéctico de Neruda, ni hacer de él, el santo liberador de América. Pero sí puedo decir que hay una marca en esa línea punteada de secretas aspiraciones nerudianas, y se encuentra en su frase: «*El amor es nuestra venganza*». Sigamos, entonces, el impulso de esta aspiración de humanidad oculta que hay en él, hasta escuchar «*el amor es nuestro regalo*».

2. NERUDA ENTRE EL REALISMO Y EL ENSUEÑO: DEL SER AL SER

Neruda fue un gran amador, enamorado del amor infinito que buscó a través de experiencias múltiples del amor finito: María Antonieta Agha, Delia del Carril, Matilde Urrutia...dejo tres puntos suspensivos, y al hablar de él, del amor, las palabras le faltaron y terminará repitiendo: «... *bella, bella, bella y siempre, siempre, siempre*». La sexualidad se hace así en él, sensualidad; la sensualidad, belleza; y la belleza en un siempre trascendente y eterno, que nunca supo definir bien, porque Neruda fue un poeta metafísico de frontera y para llegar más allá hace falta ser, además de poeta, creyente. Siempre me he preguntado el por qué de la intriga del Poema 20: «*Me gustas cuando callas porque estás como ausente...*» y en verdad creo que es por ese carácter de superación de la sensualidad que tiene el poema y la invitación a entrar en lo misterioso y sugerente de lo femenino; ese misterio que hizo decir un día a Bécquer, también ante una mujer callada y ausente: «*poesía eres tú*»; falta la mu-

jer y se ama el amor, como diría Rojas: es la afirmación de la vida más allá de la muerte por obra del eterno femenino. Debo señalar en favor de esa magia del Poema 20 que Neruda no quiso recitarlo un día en Lima, leyó, quiso leer sólo el primer verso, era suficiente, fue suficiente, pues fue tal el clamor que levantó en el auditorio que le acompañó con vítores hasta el auto, así cuenta Jorge Edwards. Digamos algo, en la misma línea, sobre el símbolo de la rosa, tan reiterativo en Neruda, creo que hay una tesis doctoral sobre el tema, pues se me pidió bibliografía, ¿iba dirigido a Matilde su esposa, hacia su madre Rosa Neftalí o hacia la Rosa Mística de la que habla Dante en *El Paraíso*? ¿no serán una misma e idéntica rosa con tres círculos de pétalos, pues la rosa es lo bello, lo fontal-materno y el Paraíso o la vez? El gran debate de Neruda fue ese estar entre las solicitudes del más allá y el tironeo del más acá: « *El que suprime el realismo —decía— se aleja de la vida y llega a ser un espectro flotante y el artista que se niega al sueño y al misterio naufraga a la mitad de la calle* ». Leo en ese libro interiorizante suyo, *Estravagario*:

*¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Ayuden!
 ¡Ayúdennos a ser más tierra cada día!
 ¡Ayúdennos a ser
 Más espuma sagrada, más aire de la ola!*

También de realismos y sueños nos habla la *Oda al Diccionario*. Neruda andaba casi siempre con un diccionario encuegado y nada limpio; como los canzoncillos harineros, también estaba hecho aquel diccionario de materia innoble, de pellejo gastado, y usado para sentarse sobre él, pero igualmente le descubrirá sus dones. Leo el poema:

El diccionario

*Viejo y pesado, con su chaquetón
 De pellejo gastado,
 Se quedó silencioso
 Sin mostrar sus probetas.*

*Pero un día,
 Después de haberlo usado
 Y desusado,
 Después
 De declararlo
 Inútil y anacrónico camello
 Cuando por largos meses, sin protesta
 Me sirvió de sillón*

*Y de almohada,
 Se rebeló y plantándose
 En mi puerta,
 Creció, movió sus hojas
 Y sus nidos,
 Movié la elevación de su follaje,
 Árbol
 Era,
 Natural,
 Generoso
 Manzano, manzanar, manzanero,
 Y las palabras
 Brillaban en su copa inagotable,
 Opacas o sonoras,
 Fecundas en la fronda del lenguaje,
 Cargadas de verdad y de sonido...*

Ésta es la metafísica del poeta: bajo lo insignificante, decir cosas «*cargadas de verdad y de sonido*». No me gusta que algunos críticos ante realidad tan evidente, hablen de discurso mítico o superrealidad y de «*realidad rechazada*» y «*realidad aspirada*». Prefiero pensar que la cultura occidental, en la que la palabra es eje y rueda fundamental, es una cultura bautizada.

Y ahora paso a otra historia minúscula, que escribo con M mayúscula, porque también en lo más pobre —como en los casos anteriores— hay gravedad a veces con parto de portentos; ya decía Ortega refiriéndose a Azorín, advierto en su literatura «*primores de lo vulgar*»; y hablaba San Agustín del «*Deus magnus in minimis*», el Dios que es grande en las cosas mínimas, y Santa Teresa a una monja muy rezadora: «*Hermana, también entre las ollas anda Dios*». Neruda era poeta del «*sermo humilis*», poeta de las cosas minúsculas y hasta despreciables en la ley del mercado, pero sobre las que, al colocar la ecografía de sus palabras, descubría siempre un eco y palpar ontológico. Lo dijo él en la *Oda a las cosas*:

*Amo las cosas
 Locamente.
 Me gustan las tenazas,
 Las tijeras
 Adoro
 Las tazas
 Las argollas
 Las soperas
 Sin hablar, por supuesto
 Del sombrero.*

Amo
 todas las cosas
 no sólo las supremas,
 sino
 las
 in finitamente
 chicas...
 Amo
 Todas
 Las cosas,
 No porque sean
 Ardientes
 O fragantes,
 Sino porque
 No sé,
 Porque
 Este océano es el tuyo
 Es el mío...

Finalmente, porque:

... acompañaron
 De tal modo
 Mi existencia
 Que conmigo existieron
 Y fueron para mí tan existentes
 Que vivieron conmigo media vida
 Y morirán conmigo media muerte.

Las cosas valen porque son. Se le desgranaban a Neruda las cosas entre las manos, y siente que así, fragmentadas, no le entregan el sentido último de tal atracción amorosa; confiesa entonces, universalizando, abstrayendo, me atraen porque son «conser»: «*Conmigo existieron/ y fueron para mí tan existentes/ que vivieron conmigo media vida/ y morirán conmigo media muerte*». Neruda expresa su ontología así, vivencialmente, desde el reiterado existir. Es cierto que el poeta tuvo una etapa de un nihilismo horizontal individualista, la de *Residencia en la tierra*, cuando «*se cansaba de ser hombre*» y las cosas se le trizaban, se le hacían enumeración caótica, pero superado este breve tiempo, el poeta se hizo un buscador de lo universalmente válido que expresó en el afecto a las colectividades, a lo comunitario, a lo social, a las culturas hermanas, a lo persistente y sólido, ... no por sí, sino por ser escalas para llegar a las alturas y permanencias del ser que tiene en él los nombres de Macchu-Picchu, Piedra, Mar, Rosa, Amor, Luz, Infinito, Silencio... en la *Oda al tiempo*, que supera el tiempo, la culminación de todos los afanes, lo llama ser:

*Dádonos la victoria
De un solo ser final bajo la tierra.*

Alguien ha escrito: «*La superrealidad en Neruda es aquel lugar donde se anulan los opuestos, donde hay una síntesis estructural con dignidad ontológica*» (Manuel Jofré).

3. NERUDA, EL BUCEADOR DE LA MATERIA

Neruda, no obstante su aire y su vuelo, es un incansable bucear de las materias. Pocos poemas más acariciadores de las cosas que *Entrada en la materia*: recorre en el maderamen sus lentas aguas, siente la dulce materia como rosa de alas secas, acaricia el entramado misterioso, escucha los vegetales oceánicos, ve los poros, toca las vetas, siente el peso, percibe la temperatura, respira el polvo y las cenizas... pero exclama religiosamente:

*Y hagamos fuego, y silencio, y sonido
Y ardamos, y callemos, y campanas.*

Su canto como el de Virgilio, corona la naturaleza. Toda la materia grávida, transfigurada en luz, silencio y sonido de campanas, porque las cosas son ellas y también su sentido y sonido y luz y silencio ¿Qué otra cosa expresa en *Oda a la alcachofa*?: después de verla vestida de guerrero, cubierta de escamas vegetales, hermana de la espadaña, de bigotes rojos, bruñida como una granada... la desmaterializa al desvestirla hoja por hoja en la mesa hasta llegar a la pacífica pasta de su corazón verde. Y cuánta sensualidad gustosa en la *Oda al caldillo de congrio*, pero cuando todos los jugos de la olla se han hecho uno, exclama en el último verso:

*Para que en ese plato
Tú conozcas el cielo.*

El materialista Neruda quedó violado por el arte de la gran poesía, del ser y la belleza, transcendentales metafísicos; lo adjetivo —Neruda era el poeta del derroche del adjetivo— se hace en su materialismo más agrio, sustantivo. Ya lo hemos visto, cuando en sus *Odas elementales* todo parece tener lo grávido del peso de la materia, aparece sorpresivamente, el golpe de oreja de un verso que hace volar lo que parecía tener todas las alas cortadas. La oda es un canto más alto, que Neruda recoge desde las realidades elementales. Sabe Neruda que el decir se su-

pera en el cantar y el cantar en el celebrar, y aunque él sólo en *Alturas de Macchu-Picchu* logró estos vislumbres himnicos, no niega su alma el alma de ser «*hondero entusiasta*».

Cuánta significación en *Oda al buzo*; Neruda pareciera darnos un retrato del hombre de goma de los mares pero al final, no es el pescador de las oscuridades infinitas, sino el hombre buceador de los sentidos profundos del océano de la existencia, por esto termina esta oda así:

... ..
*¿aprendí que ser buzo
 es un oficio
 difícil? No.
 Infinito.*

Neruda era un sensitivo-trascendente, si pueden ser unidas ambas palabras. No me resisto a dejar de leer los versos de su *Oda a los calcetines*, donde siente que la belleza es un transcendental, y contar después una brevísima anécdota. Éstos son los versos de la oda:

*Y es ésta
 La moral de mi oda:
 Dos veces es belleza
 La belleza
 Y lo que es bueno es doblemente
 Bueno
 Cuando se trata de dos calcetines
 De lana
 En el invierno.*

Y la anécdota: vio un día a Ghandi, inmutable, seco de cuerpo y de alma, con unas gafas mínimas, diminuto, limpiísimo y de él dijo Neruda, superando el clamor y agitación de las gentes que veían en él sólo al libertador político: «*Es un santo que no se gasta*». La gran palabra de este dicho es el verbo: *es*.

4. LITURGIA CÓSMICA EN ALTURAS DE MACCHU-PICCHU: LA VERDAD Y EL SONIDO

Y así siempre el mismo Neruda, de mil modos y maneras. Subió a la sagrada ciudad incaica Macchu-Picchu; alguien le preguntó a medio andar *¿y qué siente usted ahora?* Ésta fue la contestación: «*Siento que es el lugar más indicado para comer un asado*». Pero vino más tarde la reflexión metafísica: «*Es proba-*

ble que haya dicho esto, porque demudados por algo colosal y misterioso, enfrentados a un momento de eternidad, ante una pregunta trascendental, nuestra primera defensa es aferrarnos al hecho más contundentemente cotidiano». Ciertamente. ¿No hacían esto los místicos ante el sobrecogimiento de Dios? caían en desmayo corporal y el desmayo, dicen los médicos, es una forma de defensa, de aferrarse a la vida ante el infinito desbordante.

Andemos, entonces, con cuidado con Neruda, el poeta fácil. No hay poeta fácil, el poeta es el hijo del rigor de la palabra y tiene los cinco sentidos amaestrados para sentir y ver lo que los demás no sentimos ni vemos, las raíces del ser; el poeta al hallar la palabra exacta, encuentra bajo ella una escala secreta, secretísima, sanjuanista, por la que asciende hacia los sentidos profundos. El poeta es un «*explorador del ser por lo bello*», dijo un día el propio Neruda en una conferencia de 1939 en Madrid, al hablar sobre Quevedo.

No niego al Neruda épico, el de las grandes cosas, el del *Canto General*, el que dice románticamente: «*Y yo estoy aquí para cantarlo*». Ver las regiones metafísicas desde las *Alturas de Macchu Picchu*, gran hazaña es, pero mayor hazaña es escribir de lo pequeño con ecos de lo grande ¿o acaso no es maravilla y milagro que nos hable el grano de arena de los rumores de infinitud del océano en la playa?

Era pequeño Neruda, tenía 11 años. Temuco. Y escribió el 15 de abril de 1915 estos versos de oro que paso a leer:

La Poesía

*Y fue a esa edad... Llegó la poesía
A buscarme. No sé, no sé de dónde
Salió, de invierno o rto.
No sé de cómo ni cuándo,
No, no eran voces, no eran
Palabras ni silencio,
Pero desde una calle me llamaba,
Desde las ramas de la noche,
.....
allí estaba sin rostro
y me tocaba*

Neruda fue un elegido. Fue poeta por don y gracia de lo alto, y a ese don y gracia deja él las responsabilidades mayores. Cuando quiso escribir él, poner intención, generalmente políti-

ca o social, los versos le salieron muy malos. No voy a nombrar esos versos, porque sería contribuir a perdurarlos. De las seis mil páginas de las *Obras Completas* publicadas entre 1999 y el 2002, sobran muchas páginas. Es injusto Stephen Schwartz en su artículo «*Bad poet, bad man*» cuando dice: Neruda fue un mal escritor y un mal hombre. No, el Neruda hombre Neftalí Reyes Basoalto no me interesa, ya quedó dicho, pero eso de mal poeta, es para ir despacio. Neruda es un finísimo observador de las cosas, tiene además sensibilidad para sentir toda esa variedad de cualidades y, la palabra justa y armoniosa, derrochadora; en tal situación, siente que las cosas solas, existentes por sí, no sacian el alma, y es aquí donde Neruda empieza a levantar vuelo, aunque más como apetencia de vuelo que alturas realmente conseguidas. Los temas de la finitud, del tiempo, de la materia opresora, el amor que se va, el por qué y para qué estamos aquí, el ansia unamuniana de inmortalidad, todo esto, eterno tema de la poesía, no está afirmado en él, pero sí lo roza con su ala, y él mira, no se queda inerte.

Pero he aquí otro poema de Neruda, «*cargado de verdad y de sonido*»:

*...pero, la verdad, de pronto, el viento que azota mi pecho,
las noches de substancia infinita caídas en mi dormitorio,
el ruido de un día que arde con sacrificio
me piden lo profético que hay en mí, con melancolía
y un golpe de objetos que llaman sin ser respondidos
hay, y un movimiento sin tregua, y un nombre confuso.*

Éste es el poeta, un profeta: habitante de los azotes del viento, de las noches de substancia infinita y del ruido de un día...y que entra en la convulsión de lo eterno que percibe como un golpe de objetos que le llaman, como un movimiento sin tregua y un nombre confuso. Nombrar el Ser, es confuso, porque el ser es inefable; dura tarea es habitar junto a él. Por eso el poeta encaró un día a su palabra desfalleciente y le dijo:

*Si quieres no nos digas de qué racimo somos
No nos digas el cuánto, no nos digas el cómo
Pero dínos adónde nos llevará la muerte.*

Neruda es el poeta, como todo poeta de verdad, que se debate entre el temor de lo inmanente y el temblor de lo trascendente, entre lo fable y lo inefable. Hay fugas en él, olvidos a veces, sustitutos, vaguedades, muchas vaguedades a la hora de la definición. Neruda fue un gran escamoteador de las respues-

tas... pero la pregunta metafísica va y vuelve sobre su poesía con punzante inquietud. En *El hondero entusiasta* la angustia de este vivir le hace exclamar:

*Las voces infinitas que preparan mi fuerza
Y doblado en un nudo de anhelos infinitos
En la infinita noche, suelto y suben mis piedras.*

Para terminar diciendo:

*Las pupilas sedientas con que miraré, cuando
Estos ojos que tengo se me llenen de tierra.*

No hay agua capaz de calmar la sed del poeta en la tierra, en otra parte sí la hay, cuando los ojos se llenen de tierra y la mirada sea sólo del alma, aunque en la *Oda a don Jorge Manrique*, Neruda hable de «una eternidad vacía».

Pero, creo que una vez, al menos una vez, llenó el poeta sus ojos de cielo. Fue en *Alturas de Macchu-Picchu*; aquí lo infinito anhelante se le hizo presente y se asomó primero y luego ofició una liturgia cósmica de esta manera:

*Entonces en la escala de la tierra he subido
Entre la atroz maraña de las selvas perdidas
Hasta ti, Macchu Picchu,
Alta ciudad de piedras escalares,
Por fin morada del que lo terrestre
No escondió en las dormidas vestiduras...
Pero una permanencia de piedra y de palabra:
La ciudad como un vaso se levantó en las manos
De todos, vivos, muertos, callados...*

El poeta subió por la escala, a la alta ciudad, tras dejar abajo la maraña de selvas perdidas; por fin en la morada, y allí, como dice Armando Uribe, «levantó una catedral americana barroca», y encontró el altar de la permanencia de piedra y de palabra, desde donde levantó el vaso de la ciudad como un cáliz ofrecido por los vivos, por los muertos, por los que no tienen voz y la voz se le tornó reiterativas letanías del «no volverás» y al final, silencio: «cúpula del silencio, patria pura», «dadme el silencio, el agua, la esperanza». Neruda en el *Canto General* es un héroe redentor de América, un héroe que mediante el mitema «morir-renacer» se encarna panteísticamente en otros héroes: Bolívar, San Martín, Sucre, O'Higgins, Manuel Rodríguez... El héroe que en *Crepusculario* era religioso, aquí se hace social, el yo poético anterior al año 1950 se hace yo colectivo en *Canto*

General, en pro de una humanidad más pura y duradera, pero esta humanidad sólo la tiene Cristo, persona, en la otra vida. Por eso la poesía de Neruda, toda su poesía, sufre de aspiraciones y ansias no colmadas. «*Símbolo y bandera de su poesía —se ha dicho— es el pez de la bandera de Isla Negra, pugnando entre las grandes lágrimas del viento, que se empañan y se limpian mutuamente, tratando de penetrar la otra transparencia que las detiene. Y el pez no entra, no; ni sale. Da vuelta en su óvalo de cerrazón o claridad tempestuosa*». Leo en el Evangelio: «A quien llama se le abre» (Mt. 7:8). Neruda no supo llamar, pero sintió siempre que la mano tenía que tomar la aldaba. Por eso Neruda se quedó con el *Libro de las preguntas*.

5. EL SILENCIO ES SAGRADO

Ha sido mi maestro Félix Schwartzmann quien ha comentado esta doble tensionalidad celeste-terrestre en la poesía de Neruda y el valor del silencio, en *Canto General*: «*De manera que Neruda poetiza dos momentos, aparentemente antagónicos, pero complementarios en las profundidades de la expresión: la experiencia de la naturaleza que se despliega y ahonda con el advenimiento del nombre, y la mirada casi mística que se detiene en la visión de las cosas como silencio, ...Y es que origen, naturaleza, historia, palabra y silencio sólo se comprenden reflejándose e iluminándose recíprocamente... En el Canto General el misterio de la creación parte del gran silencio sagrado, “cayeron las palabras y el silencio” y cuando de vueltas por el mundo vuelva a lo original, dirá de nuevo “dadme el silencio, el agua y la esperanza”. Tal es la genealogía que vincula esencialmente palabra y mundo en la poética de Neruda. La poesía de Neruda, su vida y pensamiento más profundo tienen precisamente esa estructura circular de compleja búsqueda de lo más decididamente afirmativo y humanizador. En ello radica su perenne importancia para nosotros todos y la relevancia de su inicio. Por tratarse de un proceso en que se alcanza la grandeza en la creciente simplificación, en la recuperación de la primera experiencia transparente y fresca, esa obra suya tiene su fundamento objetivo en la creación inicial*».

Porque la dulzura y la mansedumbre sólo se halla tras la quietud y el silencio mudo, Neruda también escribió:

*Yo encuentro en las quietudes de las cosas
un canto enorme y mudo.*

*Y volviendo los ojos hacia el cielo
encuentro en los temblores de las nubes
en el ave que pasa y en el viento
la gran dulzura de la mansedumbre.*

La palabra permanencia —leamos ser— es uno de los términos más solicitantes en la poesía de Neruda y su símbolo: la piedra, la roca bíblica, lo que no se desgasta, y las quietudes y el silencio mudo y el fuego. Digamos algo de este símbolo de la poesía del fuego en Neruda.

Si en *Residencia en la tierra* Neruda es poeta de la tierra, y en *Alturas de Macchu-Picchu* y en *Oda al aire* poeta del aire, he aquí un poema del fuego:

*Dios ¿de dónde sacaste para encender el cielo
Este maravilloso crepúsculo de cobre?
Por él, supe llenarme de alegría, de nuevo.
Y la mala mirada supe tornarla noble.*

*En las llamaradas amarillas y verdes
Se alumbró el lampadario de un sol
desconocido
Que rajó las azules llanuras del Oeste
Y volcó en las montañas sus fuentes y sus ríos.*

*Dame la maga fiesta, Dios, déjala en mi vida
Dame los fuegos tuyos para alumbrar la tierra
Deja en mi corazón tu lámpara encendida
Y yo seré el aceite de su lumbre suprema.*

*Y me iré por los campos en la noche estrellada
Con los brazos abiertos y la frente desnuda
Cantando aires ingenuos con las mismas palabras
Que en la noche se dicen los campos y la luna.*

El poeta entra en la silenciosa contemplación de esas tardes que en Chile hacen encender el cielo, por extraña conjunción de reflejos del sol que se ocultó, pero que la alta cordillera ve y refleja en los cielos y le hacen pedir a Dios, le deje ser lámpara de su santuario cósmico.

Hay en Neruda otros poemas del fuego y de la luz; me impresiona *Oda a Paul Robeson* hecha toda ella de canto y sol. Una oda en la que la historia se hace convulsas antítesis hegelianas, pero que Paul Robeson cambia en tesis de canto y luz. No se diga que la poética histórica de Neruda dibuja una lucha dialéctica de contradicciones hacia la *Edad sin clases sociales*. Robe-

son es el poder de la luz y el canto sobre las tinieblas. Una verdadera Pascua cristiana sin nombrar al Cristo resucitado, o nombrado, porque donde está el injusto oprimido, está Dios. No me resisto a leer unos versos:

*...en tu voz
levantaron
hacia la luz su sangre,
y tierra y cielo, fuego y sombra y agua,
subieron con tu canto.*

Martirio de judíos en la noche de humos de cadáveres de cabeza rapada y un número en la espalda:

*Entonces,
Tú, Paul Robeson,
Cantaste.
Otra vez
Se oyó sobre la tierra
La poderosa
Voz
Del agua sobre el fuego...
Tú
proteges nuestra luz
canta
camarada
canta
hermano de la tierra
canta
buen padre
del fuego...
Porque tú cantas
Saben que existe el mar
Y que el mar canta...
(Tu voz) es nuestro sol...*

La poesía del fuego tardó en llegar a Neruda, fue en 1954 con su incorporación a las luchas sociales; antes, desde 1917 la imagen-eje de su poesía era la tierra, con sus tonos oscuros e insatisfactorios; vino después la poesía del aire, la poesía de los vegetales que se levantan de la tierra y son entre la raíz de la tierra y el sol, aire fecundador. Poesía de la tierra, del aire y del fuego que nunca se instalaron excluyentes en Neruda: en la tierra más tierra el caracol guarda un rayo de sol, en el maíz más nutricio y aéreo hay sabias de la tierra y amarillos de fuegos, y el sol ¿qué sería el sol sin tierra que iluminar, vegetales que fecundar y cielo que azular?

*Debo
Cumplir mi obligación
De luz...
Yo debo repartirme
Hasta que todo sea día
Hasta que todo sea claridad
Y alegría en la tierra.*

6. ESTRAVAGARIO, EL LIBRO DE LA INTERIORIDAD

Estravagario es un libro señero de estas seriedades interiores; hay viajes, lecturas, amores, preguntas...pero todo se cierra en aquel verso:

*Tengo miedo de todo el mundo
Del agua fría, de la muerte
Soy como todos los mortales
Inaplazable.*

*Por eso en estos cortos días
No voy a tomarlos en cuenta
Voy a abrirme y voy a encerrarme
Con mi más pérfido enemigo
Pablo Neruda.*

Y en esta interioridad confiesa que es amante de lo eterno y el ser, lo dice en *Estación inmóvil*

*Inmóvil, con secreta vida
Como una ciudad subterránea
Para que resbalen los días
Como gotas inabarcables:
Nada se gasta ni se muere
Hasta nuestra resurrección,
Hasta regresar con los pasos
De la primavera enterrada
De lo que yacía perdido
Inacabablemente inmóvil
Y que ahora sube desde no ser
A ser una rama florida.*

7. EL LIBRO DE LAS PREGUNTAS QUE SÓLO RESPONDE DIOS

Neruda es un proceso de interiorización, simplificación y trascendencia de la palabra que culmina con *Libro de las preguntas*. Dicen que cuando Neruda estaba a punto de morir, no dejaba de su mano este libro de los misterios, como queriendo

golpear la puerta del cielo pidiendo luz. La había pedido para tantos, callados y oprimidos, ahora le tocaba pedirla para él. Leamos algunos de estos versos-preguntas, que no están referidos a qué son las cosas, sino el sentido oculto de las cosas.

*I. Cuál es el pájaro amarillo
Que llena el nido de limones?*

*II. De dónde saca tantas hojas
La primavera de Francia?*

*III. Dime, la rosa está desnuda
O sólo tiene ese vestido?*

*Por qué los árboles esconden
el esplendor de sus raíces?*

*IV. Es verdad que las esperanzas
Deben regarse con rocío?*

*V Por qué se suicidan las hojas
Cuando se sienten amarillas?*

*VI. Es verdad que reparten cartas
Transparentes, por todo el cielo?*

*VII. Las lágrimas que no se lloran
Esperan en pequeños lagos?*

*VII. Dónde se fueron las Donaldas
Las Clorindas, las Eduvigis?*

*VIII. Quiénes gritaron de alegría
Cuando nació el color azul?*

*XV. Por qué otra vez la Primavera
Ofrece sus vestidos verdes?*

*XVII. Y quién pidió a la Primavera
Su monarquía transparente?*

*XVIII. Es malo vivir sin infierno;
No podemos reconstruirlo?*

*XXVIII. Dónde encontrar una campana
Que suene adentro de tus sueños?*

*XXXI. A quién le puedo preguntar
Qué vine a hacer en este mundo?*

*Por qué me muevo sin querer
Por qué no puedo estar inmóvil?*

*XXXIV. Con las virtudes que olvidé
Me puedo hacer un traje nuevo.*

*XL. Cómo se llama la tristeza
En una oveja solitaria?*

*XLI. Qué aprendió el árbol de la tierra
Para conversar con el cielo?*

*XLII. Dónde termina el arco iris
En tu alma o en el horizonte?*

*XLIV. Dónde está el niño que yo fui
Sigue dentro de mí o se fue?*

*XLV. Y donde termina el espacio
Se llama muerte o infinito?*

*XLIX. Y por qué golpean las rocas las olas
Con tanto entusiasmo perdido?*

*L. Quién puede convencer al mar
Para que sea razonable?*

*LVI. Y no estará prestado el mar
Por un corto tiempo a la tierra?*

*LXIV. Es que se aprende la bondad
O la máscara de la bondad?*

*LXVII. Un diccionario es un sepulcro
O es un panal de miel cerrado?*

*LXXII Y cómo saben las raíces
Que deben subir a la luz?*

*LXXIV. Cuándo se dicta bajo tierra
La designación de la rosa?*

Al concluir estas preguntas, nos quedamos en silencio; no sin sentir interiormente «*un no sé qué que queda balbuciendo*», como decía San Juan de la Cruz al rozar el aura de Dios.

César GARCÍA ÁLVAREZ

Doctor en Literatura.
Académico de la Universidad de Chile